

SAN ROMERO, COMPAÑERO NUESTRO

“¡Han matado a Monseñor, han matado a Monseñor...!”. La noticia era gritada por las calles y los caminos de Centroamérica, en los barrios y las aldeas, en las radios y las televisoras, en las tiendas y las gasolineras... Nadie especificaba y nadie preguntaba más, porque, para entonces, “Monseñor” sólo había uno. Tampoco nadie preguntaba quién fue, ni por qué...

Hacia tres años que había sido nombrado arzobispo de San Salvador. El país vivía una enorme tensión social, que iba a desembocar en un conflicto armado. Un gobierno militar plagado de asesinos, apoyados por la gran oligarquía y la administración estadounidense, se empeñaba en desoír las justas demandas de la gente, y eliminaba a los disidentes, fueran éstos dirigentes populares, políticos de oposición, sindicalistas, catequistas...; todo ello, para garantizar un statu quo caracterizado por la extrema riqueza, la extrema pobreza y la más brutal represión.

La diplomacia vaticana creyó acertar colocando en el Arzobispado a un eclesiástico conservador, ingenuo y buena persona. Porque eso era Oscar Arnulfo Romero. Pero poco tardaría en iniciar un camino en el que desaparecería el conservador y el ingenuo, y quedaría la buena persona.

Romero empezó a caminar. En ese camino tuvo una fuerte influencia el Padre Rutilio Grande, un jesuita amigo y consejero, que se había identificado con sus feligreses campesinos en El Paisnal, una zona rural próxima a la capital salvadoreña. El asesinato de Rutilio empujó a Romero a asumir la tarea de defender a los más pobres y denunciar la injusticia y la represión.

Tuvo la capacidad de “bajarse” hasta los pobres, de escucharlos, de analizar a la luz de los criterios de Jesús lo que le contaban. Conoció el polvo y el barro de los caminos rurales, el ácido olor de la pobreza y el sudor campesino, la desesperación e impotencia de viudas y huérfanos. Descubrió que sólo puede haber paz si se respetan los derechos de los oprimidos, y que la paz sería imposible mientras persistiera el lujo y despilfarro en unos pocos y el hambre y la miseria de la mayoría. Se convenció de que era inútil una predicación abstracta, espiritualista, sin compromiso con la historia. Quizá su principal descubrimiento fue que la neutralidad era imposible; que había que estar claramente a favor de la vida, donde está Dios, para no hacerse cómplice de la muerte...

Monseñor visitaba a su pueblo en sus barrios y sus aldeas. Recogía dolores, pobreza, denuncias, noticias de torturas y asesinatos, solidaridades... Y el domingo, desde su catedral, su palabra se hacía pasión y fuego, consuelo y orientación, condena y esperanza, llamada a la justicia y a la reconciliación... Millones de salvadoreños y centroamericanos se congregaban cada domingo en torno a su aparato de radio, para recibir aquella luz que alumbraba sus caminos.

En su homilía de un domingo de marzo se dirigió así a los militares: "En nombre de Dios y de este sufrido pueblo cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios: ¡Cese la represión...!".

Los dueños del dinero, de la política y de las armas ya no soportaron más, y apretaron el gatillo. Al caer la tarde del 24 de marzo de 1980, cuando Romero celebraba la Eucaristía como todos los días en la capilla del "Hospitalito" (para enfermos de cáncer terminales), las balas lo abatieron. En aquel momento todos nos sentimos un poco huérfanos en Centroamérica. Había caído el último gran profeta de los pobres.

Pero la cosa no acabó ahí. "Si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño", había dicho. Y el pueblo salvadoreño y latinoamericano lo hizo su santo; un santo cercano, amigo, compartidor y compañero de camino. Monseñor está presente en la vida cotidiana. Pueden verse sus fotos y pósters en las cooperativas campesinas, en las oficinas de las ONGs, en las iglesias, en los colegios, en los sindicatos, en oficinas gubernamentales... Sigue hablando y sigue siendo escuchado. Su luz continúa abriendo caminos y alentando a la gente.

He tenido la suerte de visitar y dejarme emocionar varias veces en la capilla donde fue asesinado, y en su casa, y en su habitación (muy parecida a la celda de un cartujo), y en su tumba en la cripta de la Catedral. He visto las silenciosas lágrimas de la gente humilde que deja en esa tumba una vela y flores sencillas con olor a tierra, mientras recuerdan, en él, a sus familiares también asesinados por la barbarie...

Como les suele pasar a todos los profetas, Romero sufrió los ataques del poder y con frecuencia la incompreensión de sectores importantes dentro de la misma Iglesia. Fue acusado de subversivo y agitador, y de dejarse manejar por los marxistas y los teólogos de la liberación... ¿No le pasó algo de esto a Jesús de Nazaret?

Treinta y cinco años después, superadas las resistencias institucionales derivadas de una "prudencia" poco evangélica, la Iglesia lo declara Beato, para alegría de quienes, además de reconocerle como testigo de Jesús de Nazaret y de la justicia, no olvidamos que Monseñor siempre fue una buena persona y seguirá siendo nuestro compañero de camino.

Waldo Fernández Ramos
Abril de 2015